
**UNA MODESTA PROPOSICIÓN PARA
DAR ÉNFASIS A LA ERUDICIÓN
EN LA FORMACIÓN DE POSGRADO**

Jacob Viner

Jacob Viner (1892-1970) fue uno de los más grandes economistas del siglo XX, y junto con Frank Knight es uno de los padres de la Escuela de Chicago. Su reseña de la *Teoría General* fue la única que Keynes quiso contestar. De no haber sido por su fallecimiento, quizá habría sido uno de los primeros galardonados con el Premio Nobel de Economía.

Este ensayo puede interesar a los lectores de *Cuadernos de Economía* por varias razones. Primera, porque inspiró a Jesús Antonio Bejarano en su defensa de la erudición (*scholarship*) en la formación de los economistas. Segunda, porque expone con ironía algunos problemas de fondo de la enseñanza universitaria que aún persiste, pese al medio siglo transcurrido desde su publicación, como los abusos de la erudición en que incurrían los doctos, a veces de mala fe. O los peligros de una excesiva especialización de los programas doctorales.

Muchas de las apreciaciones de Viner sobre estos temas fueron confirmadas por la evaluación de esos programas que la *American Economic Association* realizó a comienzos de la década pasada. El énfasis en la formalización como fin en sí mismo y la insistencia en una especialización que excluye a otras disciplinas son muy perjudiciales no sólo por la falta de una perspectiva general que sirva de marco para la disciplina, sino también por la insuficiente capacidad de los doctorandos para formular problemas e hipótesis relevantes para entender la realidad económica y contribuir a resolver los problemas.

Colombia está apenas en las primeras etapas de consolidación de su doctorados. Las inquietudes de Viner pueden ser útiles para evaluar los resultados alcanzados y decidir hacia dónde debemos encaminarlos [Nota del traductor].

Quizá algunos de ustedes adviertan que el título que elegí para mi conferencia es similar al título que los escritores del siglo XVIII solían usar con ironía en sus ensayos satíricos. Jonathan Swift, en su “Modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres sean una carga para sus padres y su país” sugirió que el problema de los niños hambrientos se resolviera sirviéndolos en la comida de los ricos. Philip Skelton mostró su ironía en su ensayo: “Algunas propuestas para revivir el cristianismo”. Pero si hay un toque de ironía en el título de mi conferencia o de sátira en

su contenido, les ruego que crean que es tan involuntario e inconsciente como la prosa de Monsieur Jourdain.

Mi propuesta es sincera y modesta. Y sólo doy un alcance corto y tal vez anticuado al término "erudición". Lo entiendo apenas como la búsqueda de un conocimiento amplio y exacto de la historia del funcionamiento de la mente humana, tal como se revela en los registros escritos. Y excluyo, por cuanto pertenecen a esferas más altas de la actividad humana, las artes creativas y los descubrimientos científicos.

En términos concisos y simples, propongo que nuestras escuelas de posgrado asuman una mayor responsabilidad de la que suelen asumir, para que quienes se gradúen como filósofos, matemáticos, físicos y teólogos sean sometidos a cierta presión o seducción y sean también eruditos.

No pido que cuando los economistas salgan de la línea de ensamblaje de las escuelas de posgrado, con el rótulo de "Ph. D." que atestigua su formación profesional, tengan que haber demostrado su condición de eruditos y de economistas cabales. La verdadera erudición es siempre un proceso incompleto y quizá interminable. La erudición es un compromiso con la búsqueda y la comprensión del conocimiento, aunque jamás garantiza que éstos se alcancen. De hecho, buena parte del verdadero aprendizaje adquiere una forma negativa, de la conciencia de la amplitud y profundidad de nuestra ignorancia. Y una de las virtudes de la erudición, bien sea propia o ajena, es que sólo por medio de ella podemos saber cuándo podemos prescindir de ella. Por tanto, el reconocimiento de siempre es meritorio aunque nunca lo es el conocimiento ignorante, al que me referiré más adelante.

Hay tanto que debemos saber y tan poco tiempo para aprenderlo en la época de estudiantes, que no se menosprecia el título de doctorado si se afirma que sólo es el final de una etapa avanzada de la educación personal, la última etapa en que la responsabilidad se comparte con los demás. Luego sigue otra, que dura hasta el final de la vida, en la que el desarrollo intelectual está bajo nuestra propia responsabilidad. En 1650, la Universidad de Aviñón tuvo un candidato a doctorado que no carecía de capacidades pero que se había dedicado menos a la búsqueda de conocimientos que a otras actividades, más exigentes y emocionantes. Después de algunas cavilaciones, le otorgó el doctorado con la salvedad *sub spe futuri studii*, que quizá se pueda traducir como "con la esperanza de estudios futuros". ¿Podría sugerir que otorguemos y aceptemos nuestros títulos

doctorales con ese espíritu, aunque no inscribamos ese texto en el diploma?

No espero mucho de la búsqueda de la erudición por sí misma, ni recompensas materiales para el erudito ni beneficios tangibles para la comunidad. Vivimos tiempos difíciles y existen problemas cruciales de vida y muerte, riqueza y pobreza, libertad y tiranía que aguardan respuesta. En las ciencias sociales y naturales, los estudiantes tienden primero a buscar soluciones a esos problemas y a desarrollar habilidades que los ayuden a resolverlos. Tal como debe ser. Esa es la prioridad, y quizá también la segunda, la tercera y la cuarta. No defiendo la erudición para huir de los problemas apremiantes del mundo. El llamado de Joseph Hall durante los conflictos civiles y religiosos de Gran Bretaña a finales del siglo XVI no es para mí, y espero que tampoco para ustedes:

En medio de la agitación de la lucha y la discordia,
Oh, dejadme llevar una vida erudita.
Saber mucho y pensar que nada sabemos,
No poseer nada y pensar que mucho tenemos.¹

Tampoco deseo sugerir que la erudición pierde todo mérito, aun como erudición, si aumenta su utilidad y relevancia para los graves problemas actuales. Esa doctrina fue alguna vez común entre los eruditos, pero hoy suena a pedantería y a falta de sentido de las proporciones. Por ejemplo, un gran matemático, Jacobi, en una carta a otro gran matemático, Legendre, escribió en 1830 acerca de otro gran matemático, Fourier:

Es cierto que el señor Fourier opinaba que el principal propósito de la matemática era la utilidad pública y la explicación de los fenómenos naturales; pero un filósofo como él tenía que haber sabido que el único fin de la ciencia era honrar la mente humana, y que según este criterio un problema de teoría de los números era tan importante como un problema de la naturaleza del universo [Mertz 1903, II, 657].

Aunque siento una oculta admiración por la doctrina de la erudición por la erudición, de Jacobi, el juicio y la discreción dominan esa inclinación y me abstengo —no sin esfuerzo— de aceptarla. Y, por cierto, no me atrevo a pregonarla. Sin embargo, dada la fuerza de las presiones contrarias a dedicar tiempo y esfuerzo para aprender aquello que no demuestre su utilidad para aumentar los rendimientos del algodón o ganar la guerra

1 Mongst all these stirs of discontented strife, / O let me lead an academic life. / To know much and think we nothing know; / Nothing to have, yet think we have enow. "Virgidermiarum", Bk. IV Satire VI (1599) [Hall 1863, IX, 649].

fría, es difícil que esa doctrina se considere peligrosa. Por lo menos, no es una doctrina predicada ni aprobada por Moscú.

Mi modesta propuesta es que las escuelas de posgrado den un lugar en sus programas, un lugar pequeño pero no limitado, a los departamentos de humanidades, a la erudición, y que exijan o al menos induzcan a sus estudiantes —especialmente a los que llegarán a ser profesores universitarios— a que dediquen una parte, así sea pequeña, de su atención a esa área del programa de posgrado.

Una vez se dé un pequeño lugar a la erudición, no objetaría que se la restrinja a ese ámbito o que no se permita que invada áreas distintas de las de su propia competencia, donde su intromisión roba tiempo y otros recursos menos valiosos a actividades más importantes. El sacristán de una iglesia a quien se reprochó por cerrar con llave la puerta del templo contestó que si la dejaba abierta la gente rezaba en todas partes. Acepto que no queremos que los estudiantes y profesores de todas nuestras universidades se dedique sin freno a la búsqueda de erudición cuando hay tantos problemas urgentes que requieren atención.

Además, la erudición puede estar fuera de lugar, no sólo porque distrae la atención de asuntos más importantes sino porque el erudito tiende a entrometerse, y a usar sus técnicas, valores y falta de paciencia por obtener resultados rápidos en áreas problemáticas en las que sus aportes son irrelevantes o tardan mucho para ser útiles. La erudición fuera de lugar no produce nada más que vergüenza al erudito y molestia a sus clientes, si tiene alguno. Una mujer entró a una tienda y pidió una taza para su perro. Cuando el vendedor le dijo que no tenía tazas especiales para perros, ella contestó que cualquier taza serviría. El vendedor le trajo una y le sugirió que la marcara con la palabra "perro". "No gracias", dijo la mujer. "No es necesario. Mi marido no toma agua y mi perro no sabe leer". La erudición debería mantener su lugar. Hoy, una universidad es muchas, muchas, muchas cosas. No en último lugar, una de esas muchas cosas debería ser o volver a ser un lugar de erudición y para la erudición. Pero no se puede esperar ni permitir que sea única o principalmente un lugar para la erudición.

Consciente de que la erudición no reporta, ni siquiera al erudito, las limitadas recompensas, espirituales o materiales, que se esperan de ella, pensé en dar a mi exposición el título "¡Fijaos en el pobre erudito!". En uno de sus sermones, Robert South, pastor anglicano del siglo XVIII, expone en extenso, y con cierta complacencia, las lamentaciones del erudito. En su

texto, recurre al Eclesiastés, I.13: “Cuanta más sabiduría, más sufrimiento; cuanto más se sabe, más se sufre.” Entre los muchos peligros del saber, realza sus consecuencias sobre la salud y la prosperidad. “El conocimiento” señala, “recompensa a sus seguidores con la miseria de la pobreza y los viste con andrajos. Leer libros consume el cuerpo y comprarlos, la heredad” [South 1871, vol. 11].

Por asociación inevitable, la acumulación del conocimiento produce el deseo de comunicarlo y éste, el deseo de escribir libros y éste lleva a mayores lamentaciones y sufrimientos. David Hume cuenta que Rousseau una vez dijo que “media vida de un hombre es poca para escribir un libro y la otra muy breve para corregirlo”. Quizá Rousseau se refería a un libro erudito, porque escribió muchos y, hasta donde sé, nunca los corrigió. El erudito actual gasta más tiempo corrigiendo libros de los no eruditos, que infortunadamente no requieren media vida para escribirlos, que escribiendo sus propios libros. Las obligaciones de mayor urgencia dejan poco tiempo para que los eruditos escriban libros. Es cierto que la redacción de libros es de nunca acabar, pero también es cierto que muchos manuscritos eruditos nunca se terminan. Si el erudito logra completar su *opus majus* le es difícil convencer al editor, así sea de una imprenta universitaria, de la virtud de incurrir en un déficit para publicarla. Y aun si logra terminar su manuscrito y encuentra un editor generoso, recibe pocas recompensas, excepto para su vanidad si quienes lo reseñan son amables. Pero para ser francos la amabilidad de los comentaristas, y aun la esperanza de que lo sean, suele ser suficiente. Escuchemos la confesión de Pascal, cuya actitud era la de no ocultar a los demás sus debilidades propias ni las ajenas:

La vanidad está tan arraigada en el corazón del hombre, que el soldado, el escudero, el cocinero, el ganapán se jactan y buscan admiradores; aun los filósofos quieren admiradores. Y los que escriben contra la vanidad desean la gloria de haber escrito bien, y quienes los leen buscan la gloria de haberlos leído; yo, que escribo este ataque a la vanidad, también tengo afán de gloria, y quizá también los que lo lean [Pascal 1669, 150].

Ceder a las tentaciones de la vanidad no es el único reproche que se puede hacer a los eruditos. La curiosidad es el vicio más común —y, por supuesto, más grave que la vanidad— del verdadero erudito. Bernard Mandeville, que leyó la naturaleza humana como un editor lee pruebas de imprenta o un profesor una tesis doctoral —buscando únicamente los errores, las fallas y las desviaciones de las tesis aceptadas— añadió la avaricia a la vanidad y la curiosidad como defectos de los eruditos. ¡Los derechos de autor deben de haber sido más altos en esa época! Pero

Mandeville sostenía que los vicios privados se traducían en beneficios públicos. En su *Fábula de las abejas* ilustró su doctrina con las actividades de los eruditos:

No hay esfera del conocimiento en que alguien se interese, con principios que no son mejores que los que llevan a que algunos cacen zorros y otros pesquen. Examinen las grandiosas tareas de anticuarios, botánicos, conocedores de mariposas, conchas de mar, y otros productos extraños de la naturaleza; y tomen en cuenta los exóticos vocabularios que usan en sus respectivas provincias, y los pomposos nombres que con frecuencia dan a lo que otros que no tienen ese gusto no considerarían dignos de la atención de nadie. La curiosidad a veces es tan atractiva para los ricos como el lucro para los pobres; y lo que el interés hace de algunos, la vanidad hace de otros; y grandes maravillas se producen de una feliz mezcla entre ambos [Mandeville 1729, II, 342].

David Hume, quizá pensando en Mandeville, dio una versión algo diferente y más realista, aunque no más halagadora, de las motivaciones de los escritores. Según él, la avaricia no era un complemento sino un rival de la curiosidad, y era un obstáculo para escribir libros, quizá porque solía haber actividades más rentables:

es más fácil explicar el surgimiento y el progreso del comercio en un reino que el surgimiento del conocimiento. La avaricia, o el afán de lucro, es una pasión universal que obra en todas las épocas, todos los lugares y todas las personas. Pero la curiosidad, o el amor al conocimiento, tiene escasa influencia, y requiere juventud, ocio, educación, genio y ejemplo, para que guíe a una persona. Nunca habrá escasez de libreros donde haya compradores de libros. Pero habrá lectores donde no haya escritores [Hume 1898, I, 176].

Cuando Hume atribuyó el deseo de conocimiento y de erudición a los jóvenes, estaba generalizando su experiencia personal. Como escribió a un amigo en 1764:

Lamento de corazón no haber enviado jamás algo a la imprenta. Si tuviera un hijo lo prevendría afectuosamente contra las peligrosas tentaciones de la literatura como el Rey Jaime previno a su hijo contra las mujeres; pero si su inclinación fuera tan fuerte como la mía cuando eran joven, es probable que la advertencia fuera tan inútil en su caso como en el mío [Hume 1932, I, 462].

Hoy mi tarea es, por supuesto, opuesta a la de Hume. Me inclino a favor de un aumento planificado de las tentaciones de la erudición en lugar de una mayor protección contra ellas. Y defiendo la erudición, no porque vaya a salvar al mundo, aunque es posible que así haya ocurrido en el pasado y pueda volver a ocurrir; no porque reporte recompensas materiales a los eruditos, aunque esto también puede haber ocurrido; y no porque sea una actividad siempre emocionante, pues normalmente es fatigante y, como decía Charles C. Dawes, suele ser más dura para los pies que para la cabeza. Todo lo que puedo decir en favor de la erudición es que una vez se le ha tomado el gusto, da un sentido de amplitud aun a

las tareas más pequeñas y un sentido de plenitud aun a las respuestas pequeñas a problemas grandes o pequeños, y que esta sensación no se puede lograr de ninguna otra manera porque, para el adicto, ninguna otra fuente de satisfacción humana es un sustituto equiparable, porque cuando se comparte con los demás aumenta en calidad, cantidad y capacidad de dar placer, en vez de disminuir, y a diferencia del golf mejora con la edad.

A la objeción de que hay necesidades más urgentes y que no podemos costear el tiempo que exige la erudición, temo que hoy no sería aceptable la respuesta de Robert Browning en *El funeral de un gramático*:

¿Qué es el tiempo? ¡Dejad el *Ahora* a los perros y los monos!
El hombre tiene la Eternidad.²

Hoy no es tan fácil hoy como en la buena época de la Reina Victoria creer que el hombre tiene la Eternidad. Pero supongamos que al tiempo que tenemos robamos algunas horas para este asunto menos urgente; de seguro este hurto no pone en peligro nuestra seguridad y prosperidad.

Y no afirmo que todo lo que se asocia a la búsqueda de la erudición sea bueno, así sea en pequeñas dosis. Los armarios de los académicos no suelen estar repletos—excepto que pertenezcan a la profesión médica—pero pese a su estrechez hay espacio para encerrar algún gato. Quiero dedicar algunas palabras a los gatos encerrados de los académicos. Pero quienes pertenecen a nuestra fraternidad pueden estar tranquilos porque sólo hablaré de los que exponemos a la vista de los lectores.

En primer lugar, los legos se quejan, no sin justificación, de que los académicos tienden a pensar que la oscuridad es profundidad. Un letrado y poeta de renombre, Sir Richard Blackmore, una vez publicó una copla poco generosa sobre este tema:

Dejad que los estudiantes ociosos lean sus libros
Para que oscurezcan con la erudición lo que antes era claro.³

En nombre del erudito, a ésta sólo puedo dar una débil respuesta del mismo género:

Que el lego no esté tan seguro
de que lo que parece simple no es oscuro.⁴

2 What's time? Leave *Now* for dogs and apes! / Man has Forever.

3 Let idle Students on their Volumes pore, / To cloud with Learning, what was clear before.

4 Let unlearned laymen not be too sure, / That what seems simple, is not obscure.

En segundo lugar, por alguna razón que jamás he desentrañado, los legos se molestan con las citas y las notas de pie de página como si fueran borrones ostentosos y caprichosos que salpican los textos. Quizá los eruditos deberían evitar las notas de pie de página cuando escriben para los legos. Deben evitarlas, por supuesto, cuando son superfluas o por conveniencia del lector se pueden incorporar en el texto. Hay manifestaciones extremas de lo que un no erudito denomina la “enfermedad de los pies y la notas”, y muchos *ibíd, op. cit. y loc. cit.* redundantes han escapado al ojo vigilante de Frank Sullivan, de la revista *The New Yorker*. Hugo Grocio, por ejemplo, era esmeradamente meticuloso para aportar una farragosa documentación a enunciados tan evidentes como el de que el hombre hace el amor con la mujer. El autor de la “Melodía de la Madre Oca” —supuestamente Oliver Goldsmith— se burló de él incluyendo una nota de pie de página en su melodía, esta supuesta cita de Grocio: “una práctica indigna y escandalosa de los escritores es la de poner notas sobre cosas triviales”. Hay también una conocida nota de pie de página que se insertó en un libro inglés publicado en 1854 para “aliviar la uniformidad y la dificultad de estas páginas”, una nota de pie de página que busca eliminar todas las notas de pie de página y que va de la página 334 a la página 628 [Walton 1854].

No obstante, me gustaría demostrar a los legos que las notas de pie de página y las citas suelen ser útiles y no sólo para los eruditos. En muchos casos, las notas de pie de página son el ancla que liga el texto al mundo de los hechos, el único obstáculo al desenfreno de la imaginación cuando lo que se requiere es una versión sobria y exacta de la realidad. En cuanto a las citas, a veces son los únicos trozos sabrosos del insulso ponqué de la prosa del autor y no tengo que ir más allá del presente texto para ofrecer ejemplos. Sospecho que lo que tanto molesta a los legos no son las citas sino las comillas. Pero los académicos, en especial los que escriben tesis doctorales, sólo pueden omitir las comillas a costa de un grave riesgo profesional, pues son indispensables para que el lector distinga la mera erudición de la escritura creativa.

En tercer lugar, hay un producto peculiar de la erudición para el que no hay excusa, excepto la de señalar que es un sesgo profesional de los académicos que sólo se puede evitar con mucha autodisciplina, vigilancia constante y la ayuda de críticos hostiles. Se trata de lo que Jeremy Bentham llamaba “necedades en zancos”, una especie de majadería sofisticada, de erudición ignorante que sólo pueden perpetrar las personas educadas. Un ingenioso francés distinguía dos tipos de disparates o

galimatías eruditos: el simplista, aquél donde el autor cree entender lo que dice pero no logra hacerlo inteligible a sus lectores; y el sibilino, aquél donde ni el autor ni los lectores entienden el escrito. No es difícil ampliar esta clasificación para incluir otros tipos. Por ejemplo, aquél donde los lectores creen entender y el autor sabe que no entiende. Y tampoco es difícil encontrar ejemplos de cada tipo. Aun en temas muy técnicos, el lego puede hacer su propio aporte a la buena erudición refrenando su propia modestia: si después de mucho esfuerzo no logra entender un escrito dirigido a los legos, debería pensar en la posibilidad de que el problema no sea suyo, sino de la falta de sentido de ese escrito.

Sin embargo, no tengo mucha paciencia con la impaciencia del lego o de los miembros de otras disciplinas hacia los términos técnicos de una disciplina particular. Es cierto que el erudito debe evitar el uso de la jerga técnica para disfrazar la falta de precisión. Pero aunque el lenguaje técnico nunca sea una condición suficiente para la precisión del pensamiento, y a veces la sustituya, suele ser una condición necesaria. Algunos amigos no ocultan su incredulidad cuando les digo que para explicarles por qué en ciertos casos un déficit comercial es ventajoso para un país, tendría que usar términos técnicos. Pero esos mismos amigos, a la más leve provocación, y aun sin provocarlos, lanzan con deleite una andanada de jerga técnica, que me resulta del todo incomprensible, para explicar por qué un beisbolista salió del juego en la segunda base, cómo tejer ropa para bebés o diferenciar un pájaro cantor amarillo y un canario.

Llego ahora al cuarto y último de los gatos encerrados en los armarios de los eruditos que se puede ventilar en público, al menos entre amigos, y que considero el principal obstáculo para promover la verdadera erudición en nuestras escuelas de posgrado. Se trata de la especialización creciente, no sólo entre facultades y departamentos sino también dentro de ellos. La especialización ha llegado tan lejos que aun los profesores de un mismo departamento no pueden hablar de temas intelectuales salvo, en seminarios y sustentaciones doctorales, con la mediación, de sus estudiantes aún no especializados totalmente. Esta evolución no ha sido caprichosa ni carece de función. La acumulación de datos y el refinamiento y sensibilidad de las herramientas analíticas han llegado a tal punto que se requiere gran diligencia y concentración para usarlas con solvencia. Esto no sólo elimina al erudito familiarizado con el conjunto de conocimientos de una disciplina sino que reduce gradualmente el número de quienes estarían dispuestos a sacrificar una pulgada de profundidad por una milla de amplitud.

Me dicen que esta especialización intensiva es necesaria para hacer descubrimientos y sobre todo para mejorar las técnicas de descubrimiento. Para descubrir cosas desconocidas parece ser necesario trabajar en un surco muy estrecho y mantener la mirada fija en ese surco, sin ojear siquiera los deleitables conocimientos del jardín del colega vecino. En la enseñanza de pregrado pregonamos la síntesis de disciplinas, la amplitud de visión y la perspectiva histórica, y en los pregrados aun hay profesores que lo hacen. Pero cuando, mediante becas y otros alicientes, atraemos estudiantes a nuestras escuelas de posgrado, los animamos para que sean profesionales con tapaojos que limitan su visión al estrecho surco de investigación, y nos empeñamos —a veces con éxito— en convertirlos en perros buscadores de trufas —o si lo prefieren, en caballos de carreras— esmeradamente entrenados para un solo y pequeño propósito, pero que no sirven para más. Y les encomendamos a los estudiantes de posgrado.

Quizá hay un dilema auténtico. Quizá sea cierto que en muchos casos existe un conflicto real y grave entre la formación para hacer descubrimientos, que requiere una especialización estricta, y la formación para la erudición, que exige más tiempo, intereses menos concentrados y menos pasión por modelos de laboratorio, cuyo encanto es producto del arte más que de la naturaleza; y su costo puede ser cubierto con los avances de la investigación.

Soy el primero en reconocer la importancia para la humanidad de la formación para la investigación que proporcionan nuestras escuelas de posgrado. Si en Estados Unidos la investigación en diversos campos ha llegado a la madurez en la última generación, buena parte del crédito corresponde a sus escuelas de posgrado. Si la única relación entre las escuelas de posgrado y los programas de pregrado fuese reclutar estudiantes de pregrado, me resignaría —no sin renuencia— a aceptar que en las circunstancias actuales existe un conflicto inevitable entre investigación y erudición, entre habilidades muy especializadas y amplitud de conocimientos. Y recomendaría que las escuelas de posgrado siguieran ese camino, y me esforzaría porque la erudición encontrara refugio en otra parte.

Pero las escuelas de posgrado forman a los profesores universitarios y a los investigadores, y los profesores de posgrado también enseñan en el pregrado. Insisto en que las escuelas de posgrado tienden a convertir a sus estudiantes en especialistas estrechos, cuyo punto de vista se limita a su propia disciplina o a una rama especial de esa disciplina, y no pueden

reconocer la importancia de mirar su propia disciplina desde otro punto de vista. Esos estudiantes reciben entonces su título por la solidez de unas tesis que demuestran a satisfacción de sus supervisores que han descontaminado sus mentes de toda influencia ajena a la disciplina que pudiera pervivir de su formación del pregrado. Y luego retornan a las universidades a transmitir a la siguiente generación la versión que las escuelas de posgrado tienen de la educación liberal: percibir el mundo a través del ojo de una aguja. No me detendría a subrayar que la reestructuración mecánica de los currículos o el cambio de etiqueta de los cursos no son antídotos efectivos contra el aumento de la especialización, si no fuera por mi firme convicción de que los lugares comunes encierran verdades muy ciertas, muy importantes y muy descuidadas.

Los intereses intelectuales de la humanidad no son estrechos por naturaleza; se requiere un adiestramiento especial y riguroso para lograr ese fin. Y las personas que han sido entrenadas para pensar únicamente dentro de los límites de una disciplina o desde el punto de vista de esa disciplina, nunca serán buenos profesores de pregrado, ni siquiera en esa disciplina. Quizá conozcan muy bien las posibilidades de su disciplina, pero nunca serán conscientes de sus limitaciones, o si son conscientes de ellas, nunca tendrán motivos o fundamentos sólidos y adecuados para juzgar sus consecuencias y sus alcances.

Antes de que la urgente necesidad de decirlo fuera obvia, Samuel Johnson dijo que “los derechos de las naciones y los soberanos se reducen a cuestiones de gramática si los discuten los gramáticos”. Por cierto, Samuel Johnson no tenía prejuicios contra la gramática. Así que no creo ser excesivamente generoso con él, y espero hacer más clara la pertinencia de esta cita, si la interpreto como una advertencia a los especialistas para que no reduzcan todos los temas a la *mera* aplicación de su especialidad. El orgullo por la propia disciplina es una virtud y no un vicio. Es justo y adecuado, y maravilloso, ver a un curtidor que ama el cuero y a un carpintero que ama la madera. ¡Pero cuán exiguo es el fragmento del ámbito de la mente humana que puede abarcar aún la más orgullosa de las disciplinas! Si hay voluntad, es casi infinito el ámbito de la mente humana que podemos conquistar, por cuanto va más allá del físico, y desborda el descubrimiento de la fisión nuclear, y más allá del economista, por cuanto es un ámbito donde el medio circulante es más valioso que los metales preciosos bajo el patrón oro.

Robert Browning comenzó su *Funeral de un gramático* con un réquiem a la erudición:

Levantemos y carguemos su cadáver,
 entonando una canción,
 ...
 Es nuestro afamado maestro, sereno y difunto,
 que cargamos sobre nuestros hombros.⁵

Pero Browning no concluyó en tono de lamentación, y yo tampoco. Podemos buscar maneras de armonizar el desarrollo de habilidades profesionales y la formación erudita. Debemos encontrarlas. Y las encontraremos. No es necesario que esto signifique modificar los objetivos expresos de las escuelas de posgrado. Aunque sí es necesario modificar las prácticas actuales. Las modificaciones que se requieren son un tema de exploración y de experimentación.

Nuestras escuelas de posgrado hoy producen grandes cosechas de doctores ilustrados. Su tarea principal es salvar al mundo de los horrores de la guerra, la enfermedad, la pobreza y el pecado. En sus momentos de ocio, también deberían reflexionar acerca de cómo promover la erudición, como ornamento de la paz y la prosperidad que ellos lograrán para nosotros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blackmore, R. 1714. "Solomon's irony", *A Collection of Poems on Various Subjects*, Londres, 1718, 468.
- Hall, Joseph. 1863. *The Works of the Right Reverend Joseph Hall, D. D., Bishop of Exeter*, nueva edición, Oxford.
- Hume, D. 1898. *Essays Moral, Political and Literary*, Green & Grose, editores, Londres.
- Hume, D. 1932. Grieg, J. Y. T. editor, *The Letters of David Hume*, Oxford.
- Mandeville, B. 1729. *Fable of the Bees*, Part II, F. B. Kaye, editor, Oxford, 1924.
- Merz, J. T. 1903. *A History of European Thought in the Nineteenth Century*, Edimburgo.
- Pascal, B. 1669. *Pensées de M. Pascal sur la religion et sur quelques autres sujets qui ont a trouvées après sa mort parmy ses papiers*, Guillaume Desprez, París.
- South, Robert, D. D. 1871. *Sermons Preached upon Several Occasions*, Library of Old English Divines Edition, Nueva York.
- Walton, Christopher. 1854. *Notes and Materials for an Adequate Biography of the Celebrated Divine and Theosopher, William Law*, Londres.

5 Let us begin and carry up this Corpse, / Singing together, / ... This is our master, famous, calm and dead, / Borne now on our shoulders.